

sumamente simpática, y hasta se me había figurado que observabas con sumo cuidado todo cuanto le ocurría.

—Cuando una jóven, sea ó no sea muñeca, se desmaya en presencia de un hombre, no tiene éste necesidad de un telescopio para verlo, respondió Cartone. Sin embargo, quiero darte la razon y vaciar mi vaso á su salud, pero niego formalmente que sea linda. Ahora ya no bebo más, ¡adios! voy á acostarme.

Cuando Sydney salió de casa del abogado, la luz del sol brillaba apénas en la escalera á través de los mugrientos cristales; en la calle el aire era frio y glacial, el cielo estaba triste y nublado, el agua del rio espesa y negruzca, la ciudad silenciosa y sombría. Grandes nubes de polvo corrian de un lado para otro en revueltos giros, impelidas por el viento de los mares, como si el Africa hubiese enviado sus oleadas de arena para envolver en ellas á la ciudad dormida.

Cartone, solo, en medio de aquel desierto y conservando dentro de sí mismo el vacío operado por tantas fuerzas perdidas, se detuvo un momento pensando en el amor al bien, el olvido de sí mismo, en la perseverancia, en la dignidad y en el noble empleo del talento y del corazón. En medio de estos pensamientos veía los amariellos y las gracias dirigirse á él desde las más elevadas regiones mostrándole espléndidos jardines en que florecían los frutos de la vida y en los cuales hacia brotar la esperanza encantados manantiales.

Esta especie de vision desapareció en seguida; Cartone llegó á su habitacion, situada en medio de un grupo de casas negras y húmedas, y se tendió, completamente vestido, sobre la desecha cama, que humedeció con lágrimas tan amargas como inútiles.

El sol apareció tristemente, muy tristemente á través de la niebla, y no alumbró nada cuyo aspecto fuese más doloroso que el de aquel hombre dotado de facultades só-

lidas y brillantes, lleno de sentimientos generosos, susceptible de emociones vivas y puras, pero incapaz de dirigir las, ni de bastarse á sí mismo, ni de hacer nada por su propia dicha, y que, llorando su perdida existencia, se abandona á un sér que le devora.

CAPÍTULO VI.

A centenares.

El doctor Manette habitaba en los alrededores de Soho-Square, una pacífica casa situada en el ángulo de una calle poco frecuentada. Hacia ya próximamente unos cuatro meses que la causa de lesa majestad había sido juzgada, y el público no se acordaba ya de semejante cosa, cuando un domingo, durante una hermosa tarde de Julio, Mr. Jarvis Lorry, recorriendo las abrasadoras calles de Clerkenwell, se dirigió hácia la casa del doctor, en donde iba á comer.

Después de caer repetidas veces en la supuesta indiferencia en que le sumerjian los negocios, Mr. Lorry se había dejado arrastrar por el cariño que le inspiraban el doctor y su hija, y el pacífico barrio en que habitaban sus amigos había llegado á ser para él el punto luminoso de su existencia.

El dia de que hablamos, Mr. Lorry se había lanzado á la calle muy temprano, por tres motivos: primero, porque el domingo, cuando hacia buen tiempo, tenia la costumbre de ir antes de la hora de la comida, para dar un paseito con el doctor y su hija. Segundo, porque cuando el tiempo era desapacible ó cualquier otra circunstancia impedía dar el consabido paseito, se instalaba en casa de los señores Manette, hablaba familiarmente con ellos, cogía un li-

bro ó se asomaba á la ventana, y se hallaba muchísimo mejor que en su propia casa. Y tercero y último, porque tenía que aclarar algunas dudas, y conocía suficientemente las costumbres de sus amigos para comprender que á aquella hora del día podría fácilmente satisfacer su curiosidad.

No hubiera sido posible hallar en todo Londres un sitio más precioso que el que habitaba el doctor; era poco frecuentado, como ya hemos dicho, y desde las ventanas de la casa se veía una calle espaciosa, clara y ventilada, cuyo tranquilo aspecto convidaba al recogimiento.

Varios árboles colosales lucían su espeso follaje al otro lado de Oxford-Road, sobre un terreno cubierto de flores salvajes y de oxiacanta, del cual sólo queda hoy un montón de ladrillos, que forma grandes y tumultuosas calles; en su consecuencia, la brisa del campo circulaba libremente en aquella época por todo el Soho-Square, en vez de penetrar lánguidamente como mendigos escapados de sus parroquias, y la casa del doctor se hallaba próxima á un gran número de espalderas expuestas al Mediodía y en las cuales maduraban los melocotones en la estación propicia.

El sol iluminaba con todo su esplendor la casita de los Manette durante la primera parte del día, y se alejaba de allí cuando el calor comenzaba á sentirse, pero no tanto que impidiese gozar su brillante luz.

Aquella casa era un lugar bendito; templada en el invierno, fresca durante el verano, y apacible, sin ser triste, era un verdadero puerto situado á la salida de las calles cuyo ruido y cuya agitación eran insoportables.

El doctor ocupaba cierta parte de una gran casa que contenía varios talleres, cuyos diferentes trabajos cesaban al llegar la noche. En el fondo del pátio, en que susurraba el follaje de un magnífico plátano, se fabricaban órganos de iglesia; al lado de este taller se cincelaban metales, y

un poco más allá se batía el oro por un gigante misterioso, cuyo dorado brazo salía fuera de la pared y parecía amenazar á los transeuntes como si quisiera convertirlos en su precioso metal.

Rarisima vez podía verse á los individuos que pertenecían á aquellos diferentes talleres, ni á un solteron que, según se decía, habitaba el último piso, ni tampoco á un tapicero de carruajes que parece tenía su despacho en una de las habitaciones del piso bajo.

Pero si los habitantes de la casa eran pacíficos, hasta el punto de hacer dudar que existiesen en la casa, los gorriónes del plátano y los gritos del barrio, cuyo centro parecía ser la habitación del doctor, piaban y resonaban libremente desde el domingo por la mañana hasta el sábado por la noche.

El doctor Manette tenía numerosas consultas en su casa debidas á su propio mérito y más aún al recuerdo de su cautiverio, cuya historia se murmuraba al oído y corría de boca en boca. Debía además á sus profundos conocimientos, al esmerado cuidado que prodigaba á sus enfermos y á la habilidad que demostraba haciendo interesantes experimentos, una crecida clientela que le procuraba abundantemente los medios de satisfacer todas sus necesidades.

En todo esto iba pensando Mr. Lorry cuando llamó á la casa del doctor, el famoso domingo de que hablamos.

—¿Está en casa el doctor Manette? preguntó el gentleman.

—No, pero volverá pronto.

—¿Y miss Lucía?

—Ha salido con su padre.

—¿Y miss Pross?

—Debe hallarse en su habitación, pero no se si estará visible.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LÉON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO Reyes"

1625 MONTERREY, MEXICO

—No importa, dijo Mr. Lorry, subiré al salon.

Aunque la hija del doctor habia abandonado la Francia desde su más tierna edad, conservaba, sin embargo, de su país natal la facultad de hacer mucho con pocos recursos, precioso don que es uno de los rasgos característicos más útiles y más agradables de los franceses, en quienes parece ser innato. Los muebles, sencillísimos por demás, tenian unos adornos tan graciosos, á pesar de su escaso valor, que producian un efecto extraordinario. La colocacion de cada objeto, desde el ménos importante hasta la más insignificante bagatela, la armonía de los colores, la elegante variedad, los afortunados contrastes, realizados por unas manos delicadas, unos ojos llenos de sutileza y de penetracion, unidos á la inteligencia y al buen gusto, formaban un delicioso conjunto, y recordaban tan perfectamente á la autora de todas aquellas chucherías, que las sillas y las mesas parecian preguntar á Mr. Lorry, con aquella expresion particular que le era tan conocida:

—¿Os gusta todo esto?

El gentleman no se cansaba de mirar en torno suyo, y sonreía con aire de satisfaccion al descubrir por todas partes la mano habilidosa que habia agrupado todas aquellas fruslerías con tanta originalidad como gusto artístico. Atravesó las tres habitaciones que constituian en el primer piso la morada del doctor, y cuyas puertas, colocadas unas enfrente de otras, se hallaban abiertas para que el aire circulase libremente.

Detúvose primero en un precioso salon en que se hallaban los pájaros de Lucía Manette, sus flores, sus libros, su escritorio, su mesa de labor y su cajita para pintar á la acuarela; luego pasó al gabinete de consultas, que servia al mismo tiempo de comedor, y dirigióse, por último, á una habitacion sombreada por las movedizas hojas del plátano situado en el pátio. Era la alcoba del doctor y ha-

llábanse en ella, colocados en un rincon, el banco viejo y la artesilla que contenia las herramientas del zapatero, tales como los vimos en el miserable tugurio de Saint-Antoine.

—¡Cada vez me causa mayor extrañeza, dijo Mr. Lorry contemplando la artesilla, el que Mr. Manette conserve este triste recuerdo de sus años de dolor!

—¿Y por qué semejante extrañeza? preguntó bruscamente una voz que dejó sobrecogido á Mr. Lorry.

Esta pregunta la hizo miss Pross, la atlética mujer de cabellos rojos y manos sueltas que el gentleman tuvo ocasion de conocer en la fonda del Rey Jorge, y que, andando el tiempo, habia llegado á ser su íntima amiga.

—Yo hubiera procurado... comenzó á decir Mr. Lorry.

—¡Bah, bah! dijo miss Pross interrumpiéndole.

Mr. Lorry desistió de hablar de aquel asunto.

—¿Qué tal os va de salud? repuso la señora con tono seco, pero de un modo que demostraba al gentleman que le apreciaba de veras.

—Bastante bien, gracias, respondió el hombre de negocios con amabilidad; y vos, miss Pross, ¿estais satisfecha de vuestra salud?

—No tengo motivos para ello, replicó la señora.

—¿De veras?

—¿Cómo quereis que me encuentre bien? ¿no veis que estoy continuamente inquieta por mi pichoncita?

—¿De veras?

—¡Si! estoy completamente disgustada é intranquila.

—Permitidme que os pregunte la causa.

—Es una cosa muy sencilla: me molesta el ver que gentes completamente indignas de mi pichoncita, tengan el descaro de venir aquí, por docenas para mirarla de los piés á la cabeza.

—¿Conque las gentes vienen aqui por docenas para ver á miss Lucía?

—Vienen á centenares, añadió miss Pross.

Uno de los rasgos característicos de aquella buena señora (como de otras muchas que la han precedido ó seguido) era encarecer la proposicion que acababa de emitir, cuando la veía puesta en duda.

—¡Dios mio! exclamó Mr. Lorry.

—He vivido con esta monona mia, prosiguió miss Pross, ó mejor dicho, ella me paga hace quince años para vivir conmigo, lo cual no hubiera consentido nunca (que me pagase, entendedlo bien), si yo hubiese podido atender con mi propio peculio á los gastos comunes, y esto es sumamente duro, como comprendereis muy bien.

Mr. Lorry, que no sabia qué es lo que podia ser tan sumamente duro, se contentó con inclinar la cabeza.

—Figuráos una porcion de individuos que no son dignos de desatar los cordones de sus zapatos, y que vienen de todas partes del mundo... Vos mismo sois el primero que ha empezado.

—¿Yo? dijo el gentleman sorprendido.

—Pues qué, ¿no sois vos quien ha desenterrado á su padre?

—¡Ya se vé que sí! ¿Y á eso llamais empezar..?

—Esto sólo era ya bastante duro; no porque yo tenga nada que echar en cara á Mr. Manette, aun cuando no es digno de tener semejante hija, dicho sea sin ofenderle; pero sí que es rematadísimo duro el ver á una infinidad de gentes que vienen en pos de él para arrancarme el cariño de mi pichoncita.

Mr. Lorry conocia ya de largo tiempo la envidia y los celos de la solterona, pero sabia tambien que bajo aquella ruda corteza vejetaba uno de esos seres llenos de abnegacion que sólo existen entre las mujeres; bondadosas criaturas que, bajo la influencia de la admiracion y del amor más puro, se convierten voluntariamente en esclavas de la juventud que ellas han perdido, de la hermo-

sura que nunca tuvieron, de los talentos que no les ha sido posible adquirir, y que saludan en nombre de otras las lisongeras esperanzas que no pudieron acariciar en su fria y triste vida.

El gentleman tenia suficiente experiencia para comprender lo mucho que vale un corazon fiel; y, respetando aquella humilde abnegacion, tan desinteresada como infatigable, colocaba á miss Pross (en materia de justicia distributiva cada cual piensa á su modo), colocaba á miss Pross, como deciamos, infinitamente más cerca de los ángeles que un sin fin de señoritas mucho más favorecidas por la naturaleza, mucho ménos extrañas á toda clase de artes, y que tenian en la Casa Tellstone un capital representado por cifras verdaderamente enormes.

—Sólo ha habido un hombre que fuese digno de mi pichoncita, continuó la pobre mujer; ese hombre era mi hermano Salomon, ántes de caer en el error en que ha incurrido.

Mr. Lorry sabia perfectamente que miss Pross habia tenido un hermano, un bribon rematado, que despues de haberla despojado miserablemente de todo cuanto tenia, la habia dejado en la más espantosa miseria. De este desalmado bergante era de quien acababa de hablar miss Pross, y el cariño que aún profesaba á aquel hermano desnaturalizado y su insistencia en considerar como un simple error la conducta de aquel infame bribon, hacia que Mr. Lorry formase una opinion mucho mejor de aquella pobre mujer.

—Puesto que estamos solos y somos unas personas formales, dijo Mr. Lorry, permitidme que os haga una pregunta: al hablar el doctor con su hija, ¿ha recordado alguna vez la época en que hacia zapatos?

—Nó.

—Como conserva sus herramientas y su banco..

—No he dicho que no pensase nunca en eso, respondió miss Pross moviendo lentamente la cabeza.

—¿Creeis que piensa en eso frecuentemente?

—Lo sé con toda seguridad.

—Pues figuráos que...

—Yo no puedo figurarme nada, interrumpió miss Pross.

—Bien, pues suponed entónces que... ¿No haceis de cuando en cuando alguna suposicion?

—Alguna que otra vez.

—Pues suponed, continuó el gentleman, que el doctor sospeche algo del motivo que hubo para encarcelarle.

—¿Creeis que conoce los nombres de sus enemigos?

—Yo no supongo nada; respecto de eso sólo sé lo que me ha dicho mi pichoncita.

—¿Y qué es lo que ella opina?

—¡Que su padre lo sabe todo!

—No lleveis á mal mis preguntas; yo, como hombre de negocios, soy bastante pesado. Vos tambien sois una mujer...

—¿Pesada? preguntó miss Pross sonriéndose.

—No por cierto; vos sois una mujer de talento práctico y positivista, eso es lo que yo queria decir; pero volvamos á nuestro asunto. ¿No es extraño que el doctor Manette, cuya inocencia reconoce todo el mundo, evite tan cuidadosamente el hablar de su encarcelacion? No digo yo que hablase de esto conmigo, áun cuando hace ya muchos años que tenemos relaciones de negocios y he llegado á ser hoy íntimo amigo suyo, sino con su encantadora hija, con esa incomparable Lucia á quien quiere tanto y que tan gustosamente se sacrifica por él. Si abordo esta cuestion, miss Pross, tened la completisima seguridad de que es en interés del doctor, y no por mera curiosidad.

—Por lo que yo he podido comprender, y ya sabeis que no soy muy lince, replicó la vieja solterona, Mr. Manette tiene miedo de hablar de este asunto.

—¿Y por qué?

—Por una cosa muy sencilla; porque al pensar de nue-

vo en los sufrimientos que le hicieron perder la razon, corre el riesgo de desconcertar sus facultades intelectuales, y tal vez se expondria á volverse loco. Comprended además que ese recuerdo no tiene nada de agradable.

Esta reflexion era mucho más sensata de lo que podia figurarse el banquero.

—Teneis razon, dijo, dá horror el pensar en eso; sin embargo, yo no sé si será conveniente que el doctor encierre dentro de sí mismo todos esos recuerdos; esta es precisamente la duda que tengo sobre el particular, y me inquieta de tal modo, que por eso me he visto en la necesidad de hablaros del asunto.

—Nosotros no podemos evitarlo, dijo miss Pross volviendo tristemente la cabeza. Siempre que le tocamos ese resorte, se verifica en él un cambio espantoso, y creo que lo mejor es no hablarle de semejante cosa; además, tengo la seguridad de que no contestaria á ninguna de nuestras preguntas. Algunas veces se levanta durante la noche y se pasea con gran agitacion dentro de su cuarto; nosotras le oimos desde nuestra habitacion que está precisamente debajo. Miss Manette ha acabado por comprender que en esos momentos su padre debe recordar su pasado, y cree recorrer su prision como hacia en otro tiempo. En cuanto le oye subir á buscarle y los dos se pasean... y se pasean... y se pasean de un lado para otro, hasta que la presencia de su hija le hace volver en sí. Entónces se detiene y recupera su calma y su buen juicio, pero oculta á Lucia el motivo de su agitacion, y la pobre niña se persuade de que es preferible no despertar en él ese recuerdo.

El tono con que miss Pross habia dicho: «se pasean... y se pasean... de un lado para otro,» revelaba la penosa monotonía del pensamiento que la atormentaba y demostraba, por más que ella no quisiera confesarlo, que su imaginacion no era tan pobre como suponía.

—Ya hemos dicho que la habitacion del doctor se hallaba situada en un sitio al que llegaban perfectamente todos los ecos; en tanto que miss Pross referia las idas y venidas de Mr. Manette y de su hija, creyó oír tal vez el banquero el ruido de los paseos del cautivo, al escuchar el ruido de los pasos que resonaban en su oído.

—Ahí están, dijo el aya levantándose para terminar el diálogo, ahí están; vereis qué poco tarda en venir también una porcion de gente.

Eran tan raras las propiedades acústicas de aquella habitacion, convergían á ella todos los sonidos de un modo tan extraño, que Mr. Lorry, asomado á la ventana, tardó todavía mucho tiempo en ver aparecer al doctor y á su hija, cuyos pasos oía, sin embargo, perfectamente hacia largo rato.

Cuando divisaron por fin al padre y á la hija, miss Pross bajó apresuradamente á la puerta de la calle para recibirlos.

A pesar de que toda su persona ofrecía un aspecto bastante raro, experimentábase cierta emocion al verla coger el sombrero de miss Manette, quitarle el polvo con la punta del pañuelo, y arreglar los hermosos cabellos de la jóven con el mismo orgullo que si hubiera sido suya aquella abundosa cabellera, y como si ella fuese la más presuntuosa y la más coqueta de todas las mujeres.

Experimentábase una viva satisfaccion al ver á la jóven darle las gracias, abrazarla cariñosamente y protestar contra las molestias que por ella se tomaba, pero todo esto riéndose, con objeto de no herir la susceptibilidad de su aya. Experimentábase cierta emocion al ver al doctor mirar aquellas dos mujeres, y regañar á miss Pross por que mimaba demasiado á Lucía, demostrando al propio tiempo en su modo de hablar y de mirar, que él la hubiera mimado muchísimo más, dado que esto hubiese sido posible.

No era, en fin, ménos agradable el contemplar á Mr. Lorry que, estático ante aquel hermoso cuadro, daba gracias á su estrella de soltero por haberle procurado en su vejez todas las alegrías del hogar doméstico.

Miss Pross, que se hallaba encargada del cuidado y direccion de la casa, cumplía su cometido á las mil maravillas; sus comidas, siempre sencillas, estaban tan bien servidas, tenia la mesa una limpieza tan seductora y era la cocina, semi-inglesa semi-francesa, de un gusto tan escogido, que apénas se concebía que fuera posible hallar platos más delicados. Ocupada incesantemente del bienestar de las personas á quienes sólo servía por amor, la pobre mujer habia revuelto toda la vecindad para encontrar algunos infelices franceses que, seducidos por sus medias coronas, le habian revelado todos sus secretos culinarios; y el talento que ella habia sabido adquirir al lado de aquellos hijos de las Gálias era tan portentoso, que las dos criadas puestas á sus órdenes la consideraban como una especie de hada ó hechicera, capaz de coger un pollo, un conejo ó una legumbre cualquiera, y trasformarlos en lo que primero se le antojase.

El domingo, miss Pross comía en la mesa del doctor; pero en los demás dias de la semana, comía cuando le parecía conveniente, ya en los sótanos, en que se hallaba situada la cocina, ó en la habitacion azul que ocupaba en el piso segundo y en donde nadie, excepto Lucía, ponía nunca los piés.

El dia de que hablamos, dejó á un lado su carácter demasiado sério, para corresponder á las atenciones que le prodigaba miss Manette, y la comida se verificó en circunstancias de todo punto agradables.

Hacia un calor sófocante. Despues de los postres, Lucía propuso ir á sentarse á la sombra del plátano. Como sus más insignificantes deseos eran órdenes para cuantos andaban á su alrededor, todos se levantaron inmediata-

mente; ella cogió la botella para obsequiar á Mr. Lorry, y nuestros convidados se instalaron en el pátio.

Las paredes y los misteriosos tejados les miraban sonreir mientras charlaban, en tanto que las ramas del plátano murmuraban sobre sus cabezas. Poco despues mister Darnay vino á aumentar aquella pequeña reunion de familia; pero esto no significaba más que una sola persona, y los centenares de individuos anunciados por miss Pross continuaban ausentes.

El doctor Manette y su hija acogieron á Carlos con las más afectuosas muestras de simpatía; pero el aya se sintió tan contrariada con aquella visita, que se puso medio mala y tuvo que retirarse: esto la sucedia con frecuencia, y segun ella, todo era cuestion de un ataque de nervios.

El padre de Lucia estaba de mejor humor que nunca; parecia hallarse más rejuvenecido, y esto contribuia á aumentar la extraordinaria semejanza que tenia con su hija, sobre todo al ver en el rostro de ambos la misma expresion de la dicha que embargaba su ánimo.

La cabeza de Lucia descansaba sobre el hombro de Mr. Manette, cuyo brazo se hallaba colocado sobre el respaldo de la silla de su hija; hablábase de edificios antiguos, y el doctor tomaba parte en la conversacion con una animacion que nó le era habitual, cuando Mr. Darnay le preguntó si habia visto la torre de Londres.

—He ido por allí un dia con Lucia, respondió, nada más que de paso, pero eso nos bastó para comprender el inmenso interés que inspira.

—Yo he tenido que detenerme allí algun tiempo, segun recordareis, continuó Mr. Darnay sonriendo irónicamente, y á pesar de eso, tampoco puede decirse que la conozco mas que por fuera. Sin embargo, me han referido un incidente bastante curioso ocurrido durante mi permanencia allí. Varios obreros que trabajaban en un antiguo calabozo para efectuar en él no sé qué reformas, entre va-

rias fechas, nombres, quejas y súplicas estampados en las paredes de dicho calabozo, observaron en un rincon tres letras muyúsculas grabadas por una mano temblorosa, y sin duda con un instrumento impropio para el caso. Creyeron al principio que aquellas tres letras eran las iniciales D. J. G.; pero observándolas con mayor detencion, vieron que la última era una G. Como estas iniciales no se referian á ninguno de los presos que habian habitado aquel calabozo, acabaron por comprender que formaban, nó las iniciales de una persona, sino una palabra, y que esta palabra era DIG (1). Tan pronto como hicieron este descubrimiento, examinaron el sitio del embaldosado que se hallaba directamente bajo la inscripcion, y despues de haber levantado una piedra ó un ladrillo, encontraron un pedacillo de papel casi deshecho por la humedad, entre los restos de una cartera y de un saquito de cuero. No fué posible leer lo que habia escrito el prisionero, pero es indudable que éste habia escrito algo, y que lo habia escondido allí para ocultarlo á los ojos de sus carceleros.

—¡Padre mio! ¿os poneis malo? exclamó Lucia Hena de espanto.

El doctor se levantó de pronto, sujetándose la cabeza con ambas manos, y miraba en torno suyo de un modo que sobresaltó á todos los circunstantes.

Sin embargo, de allí á poco volvió á tranquilizarse.

—No, hermosa mia, dijo; me encuentro perfectamente. Es que me han caido sobre la frente algunas gotas de lluvia, y esto me ha producido una impresion desagradable. Creo muy conveniente que entremos en casa.

Empezaban á caer efectivamente gruesas gotas de lluvia, y Mr. Manette enseñó su mano mojada; pero no dijo

(1) Voz inglesa que significa: *cavaa*.

ni una palabra referente al episodio que acababa de relatar. Mr. Lorry creyó durante toda la velada descubrir en el rostro del doctor, siempre que éste examinaba á Mr. Darnay, la extraña expresion de desconfianza, mezclada de ódio, que habia observado en el momento en que todo el mundo se apresuraba á felicitar á aquel jóven por haber escapado de una muerte casi segura. Sin embargo, Mr. Manette habia recuperado toda su serenidad; estaba tan tranquilo y tan en su centro, que Mr. Lorry dudó de sus propios ojos, y creyó que se habia equivocado al suponer en la fisonomía del doctor, y en ciertos momentos dados, la expresion que le traia á la memoria el recuerdo de la vista de la causa de Carlos Darnay.

Llegó el momento de hacer el té; miss Pross cumplió su cometido con la habilidad de siempre, aún á riesgo de un nuevo ataque de nervios. A pesar de todo, el gentío que ella temia no llegaba; verdad es que Mr. Cartone acababa de entrar en el salon, pero aún contándole á él eran dos las personas extrañas, y de esto á algunos centenares habia bastante diferencia.

La atmósfera estaba cargada de electricidad y el calor era cada vez más sofocante. Despues de tomar el té, acercáronse todos á las ventanas. La oscuridad aumentaba por momentos. Miss Manette se hallaba al lado de su padre, Mr. Darnay cerca de ella, y Mr. Cartone se habia asomado á uno de los balcones. El viento huracanado, cuyas violentas bocanadas penetraban en el salon, precediendo á los relámpagos, hinchaba las cortinas blancas, y las hacia flotar como las alas diáfanas de una sombra celeste.

—Las gotas de lluvia continúan siendo grandes y poco frecuentes, dijo Mr. Manette. La tempestad se aproxima muy lentamente.

—Pero es segura, añadió Mr. Cartone.

Hablaban en voz baja como la mayor parte de las

personas que se hallan en la oscuridad, como todos los que permanecen en cualquier sitio á la luz de los relámpagos. Las gentes corrian por las calles inmediatas buscando un abrigo contra la tempestad, y el eco maravilloso, que multiplicaba el ruido de los pasos, hacia creer que un inmenso gentío iba y venia por debajo de las ventanas, siendo así que en aquel momento no pasaba alma viviente.

Se oye el ruido de la multitud, y sin embargo nos hallamos completamente solos, dijo Carlos Darnay fijando toda su atencion en el eco.

—¿No os produce eso una viva impresion? preguntó Lucía. Lo que es yo cuando me siento por la noche al lado de esa ventana... pero más vale callar... me estremezco sólo de pensarlo... ¡Está la noche tan oscura y tan imponente!

—Hablad, hablad de eso, miss Manette; así nos estremeceremos todos, respondió Mr. Darnay.

—Es muy probable que esto no os produzca ningun efecto, repuso la jóven; las tonterias que nos pasan por la imaginacion deben toda su influencia á nuestra propia naturaleza, y la emocion que nos hacen experimentar no puede comunicarse. Vos mismo vais á juzgarlo: pues como decia, cuando me siento por la noche al lado de esa ventana me figuro que todas esas idas y venidas, cuyo ruido trae el eco hasta mi oido, son los pasos de gentes que se acercan en la sombra para mezclarse á nuestra existencia.

—Entónces, debe ser muy considerable el gentío que llegaremos á hallar un dia en nuestro camino, dijo Mr. Cartone con aire indiferente.

Los pasos aumentaban cada vez más y cada vez eran tambien más acelerados. Al repetirlos, el eco producía otros nuevos ecos. Un ruido de pasos precipitados resonaba en todas direcciones; oíase á la multitud correr atro-

pelladamente bajo las ventanas, precipitarse en el salón, ir y venir, detenerse, correr á lo lejos y asaltar las calles inmediatas, y sin embargo no se veía absolutamente á nadie.

—Decidnos, miss Manette, ¿todos esos pasos deben alcanzarnos en tropel, ó dividirse para seguir á cada uno de nosotros?

—Lo ignoro, Mr. Darnay. Es una tontería que no merece discutirse. Se me ocurrió estando sola, y me figuré, como decia hace poco, que eran los pasos de gentes que deben entrar un dia en mi vida y en la de mi padre.

—Que vengan todos á buscarme, dijo Cartone; no he de oponerles ninguna resistencia; no reclamo ni estipulo nada. Una gran multitud se agita y se dirige hácia todos nosotros, miss Manette; la veo á la luz de los relámpagos.

Una viva claridad inundó el salón al decir estas palabras, y permitió verle perezosamente apoyado contra la ventana.

—Oigo el ruido de esa multitud, prosiguió Cartone, despues de un espantoso trueno; viene furiosa y rápidamente.

Aludia á la tempestad y á las nubes que corrian bajo un cielo negro; la lluvia que empezó á caer repentinamente cubrió su voz, y todos guardaron un profundo silencio.

Ninguno habia visto una tempestad tan horrible. No habia el menor intervalo entre las detonaciones del rayo; cruzábanse en el espacio y resonaban en medio de los relámpagos y del agua torrencial que formaba una inmensa catarata produciendo un formidable estrépito.

A pesar de su violencia, la tempestad fué de larga duracion. La campana grande de San Pablo acababa de dar la una, cuando Mr. Lorry, acompañado de Cruncher, que iba provisto de una linterna, se encaminó hácia su casa.

Para dirigirse de Sho-Square á Clerkenwel, habia que atravesar ciertos sitios solitarios, y el agente de Tellson, que pensaba siempre en los ladrones, iba siempre acompañado de una linterna sostenida por Jerry, áun cuando generalmente salia de casa de los Manette ántes de las once de la noche.

—¡Qué tiempo tan espantoso, Jerry! dijo el gentleman; es un tiempo capaz de sacar á los muertos de sus tumbas.

—No entiendo de eso, señor, respondió el demandadero; nunca he visto semejante cosa, y creo que nunca llegaré á verlos resucitar.

—Buenas noches, Mr. Cartone, dijo el hombre de negocios. Buenas noches, Mr. Darnay. Vaya una tempestad!... ¿Volverá á haber otra como ésta, y la veremos juntos?

—Puede que sí, respondió Sydney Cartone.

Tal vez verán caer sobre sí á la multitud frenética y rugiente.

CAPITULO VII.

El señor marqués en la ciudad.

Monseñor, uno de los hombres más influyentes de la corte de Francia y uno de los grandes personajes que tenian las riendas del poder, daba dos recepciones al mes en el magnifico palacio que habitaba en París, y era su dia de reunion. En tanto que la idólatra multitud, para quien él era el Santo de los santos, se agolpaba en sus salones, Monseñor, retirado en un suntuoso saloncillo que le servia de santuario, tomaba tranquilamente su chocolate.

Su Señoría podia tragar fácilmente una infinidad de cosas; algunos insolentes atrevidos aseguraban que ab-